

## A los académicos nos maltratan

Horacio Gómez Aristizábal  
*Abogado, Escritor e Intelectual colombiano*

Con exceso de injusticia se menosprecia al intelectual. Tenemos acontecimientos políticos, reinados de bellezas, carnavales, corridas de toros, ferias y boxeo. Pero no tenemos acontecimientos culturales. La patada de un futbolista, un acto terrorista, un ajuste de cuentas entre mafiosos, logran tal despliegue en la prensa y la televisión, como jamás soñó, ni siquiera por un día, un catedrático, un escritor, un científico o un poeta, para su obra insigne, trabajada quizás después de muchos años de sufrimientos y privaciones. Los intelectuales somos los marginados, no se nos tiene en cuenta. Es más, se nos mira con indiferencia y hasta con desdén.

Estos no tiene sentido si se piensa en que los mejores momentos de la humanidad están, necesariamente relacionados con los grandes pensadores y trabajadores del espíritu. Recordemos la Biblia o los libros prodigiosos de los genios grecolatinos. Lo más trascendental de los países se ha hecho por fuera de los gobiernos, en el ambiente humilde y sacrificado de los creadores. Ahí tenemos a Cervantes. Dante, Goethe y Shakespeare. Y en el caso concreto de Colombia, su prestigio internacional no se ha logrado con la abundante y costosa nómina de embajadores y plenipotenciarios, sino gracias al trabajo silencioso de Jorge Isaacs, José Eustasio Rivera, García Márquez, Fernando Botero y Germán Arciniegas, para citar solo unos nombres ilustres y familiares. Todas las condecoraciones que se le han dado a César Rincón son absolutamente legítimas y merecidas. La justicia, solo es justicia verdadera, cuando no establece discriminaciones.

Hubo una época en que el intelectual era una persona sagrada. Escribía himnos, códigos, oráculos y sus sentencias grabadas en las paredes de los templos eran acatadas devotamente por los pueblos.

La persuasión es el arma de los intelectuales, pero los intelectuales no persuaden. El mismo Rubén Darío hizo sangrienta ironía contra los honrados miembros de las casas humanísticas cuando exclamó: ¡“DE LAS ACADEMIAS, DE LAS BLASFEMIAS, DE LAS HORRIBLES EPIDEMIAS, LIBRANOS SEÑOR”!

Al intelectual no se le tiene en cuenta para cargos importantes. A veces firma contratos como asesor de políticos envejecidos, promotor de imagen de funcionarios oscuros y mediocres, o ejerce la función del asesor de diputados de provincia con sueldos ignominiosos.

El intelectual está en las afueras de los organismos donde se toman las grandes decisiones nacionales. Casi que es un ciudadano de tercera. Se expresa despectivamente, “Ese”, -hasta el nombre se lo quitan- es un pobre hombre que escribe versos o un pensionado que redacta libros, En los cocteles se comenta divertidamente. Ud., Sr. fulano de tal, es un completo vago, trabaja más un poeta en vacaciones.

Para los académicos no hay radio, T.V. ni periódico, no se publica su libro. Tampoco cuenta con lectores.

A pesar de todo, dígame lo que se quiera, una Academia es una empinada atalaya, para avizorar desde su escenario los grandes temas del país. En una academia caben todas las ideas y se excluyen todos los fanatismos. En la academia se vive en milicia contra la malicia, según Saavedra Fajardo. Y más que a las academias, hay que exaltar a los que las dirigen. La Academia Colombiana de Historia fue dinámicamente dirigida por Santiago Díaz Liévano, internacionalista, exembajador y luchador de

caudalosa energía. Ha consumido mil esfuerzos para tratar de mejorar la sede a la institución. Nadie puede negar que una academia es en relación con un pueblo, lo que el cerebro en relación con el cuerpo humano, su parte más trascendental y luminosa.

Las academias son recintos sagrados de estudio. El hombre desde la infancia de los tiempos ha querido saberlo todo, penetrarlo todo, no detenerse ante ninguna puerta cerrada, ni ante ningún sendero oscuro.